

Dos novelistas del riesgo

Martín Solares

En un fructífero ejercicio de reseña paralela, Martín Solares aborda los riesgos literarios que Fernanda Melchor y Liliana Blum corrieron al escribir Temporada de huracanes y El monstruo pentápodo, dos novelas mexicanas publicadas hace pocos meses.

Hace 78 años, en el prólogo a *Edad de hombre*¹ Michel Leiris sugirió que para medir el valor de una obra literaria deberían tomarse en cuenta no sólo los logros estéticos sino los riesgos que el autor invocó durante su escritura. Leiris apostaba por aquellos autores que al escribir invocaban retos reales, de modo que sus textos no fuesen gracias dignas de una bailarina, sino desafíos que involucraran al creador por completo. Leiris, que visualizaba al escritor como un matador que arriesga la vida en el momento de crear, insistía en que los escritores tenemos una obligación: citar toros más grandes que uno mismo, y buscar que sea nuestra manera de contar ficciones, nuestra pericia técnica, lo que nos salve la vida.

No es frecuente encontrar autores que, al igual que un torero, invocan el riesgo y lo aprovechan para mostrarse más brillantes que nunca. Quien lea *El monstruo pentápodo* y *Temporada de huracanes* estará de acuerdo conmigo en que estas novelas de Liliana Blum y Fernanda Melchor pertenecen a esta especie. La primera novela adopta como escenario el Durango real; la segunda, una ranchería imaginaria de Veracruz. *El monstruo pentápodo* es un árbol de ramas siniestras; *Temporada de huracanes*, una selva enmarañada en la que acecha el peligro.

¹ Véase en este número “De la literatura considerada como una tauromaquia”, de Michel Leiris, en la p.20.

En el caso de Liliana Blum, el principal desafío fue la adopción del punto de vista y la creación de una estructura capaz de sondear las profundidades. Liliana, que ha explorado sofisticadas formas de la maldad humana en sus novelas anteriores, se propuso contar en sus propias palabras la historia de un pedófilo que no puede cesar de cometer crímenes, y el mundo interior de su cómplice, que se niega a aceptar la verdad. Al narrar la historia desde el presente y el futuro al mismo tiempo, en la línea de Joyce, Carol Oates o Patricia Highsmith, Blum consigue una tensión extrema sin que esto impida desarrollar los detalles más íntimos de ambos protagonistas. En *El monstruo pentápodo* alternan un monólogo interior espeluznante y cartas que van de una celda a otra, cuando ya todo terminó, entre uno que no quiere leerlas y alguien que no puede dejar de escribirlas.

Raymundo, el asesino, tiene una de las personalidades más complejas y verosímiles que pueden encontrarse en la novela mexicana. Su habilidad para mantener la sangre fría y la mente clara mientras comete los crímenes más horribles hace de él un personaje escalofriante, a la manera de un Hannibal Lecter contado por una discípula de Nabokov. Uno de los momentos más brillantes de la novela es cuando Raymundo decide crear un doble malvado, a fin de mejor amedrentar a su víctima. Si el lector recuerda el famoso primer capítulo de *Lolita*, y la aún más famosa

primera frase, con la cual Nabokov nos sumerge en la mente de un refinado secuestrador de menores, verá que el arranque de *El monstruo pentápodo* afronta un reto similar y lo resuelve con gran elegancia. Al presentarnos con una prosa impecable y perceptiva a un enfermo de esta calaña mientras planea su próximo crimen, Liliana Blum nos obliga a examinar de modo vertiginoso nuestras convicciones sobre la naturaleza de este tipo de personajes, tal como lo hace la pareja sentimental del asesino, una pobre mujer que avanza a tanteos, de sorpresa en sorpresa, como si se hallara encerrada en el vientre de una ballena y tratara de comprender dónde se encuentra y cuál es la verdad. Al mismo tiempo, la novela sigue a esta heroína en el proceso de advertir que el amor es un enorme espejismo que impide comprender quién es en realidad el ser amado. Desnudar los engaños del amor en una trama criminal es sólo uno de los riesgos que encaró y superó Liliana Blum. Al tomar las historias de amor y contarlas desde el lado negro de la trama, tal como hizo en *Pandora*, Liliana Blum funda una nueva tradición en la narrativa mexicana, en la que los riesgos son tan altos como los aciertos. Pero hay una tercera rama en este árbol y son los discretos epígrafes que abren estos capítulos, gracias a los cuales uno advierte que construir este libro tiene bases muy firmes, pues Blum revisó prácticamente toda novela existente sobre el tema. Su conocimiento de las zonas de riesgo que le precedían le permitió escribir una novela que narra “cosas tan espeluznantes que no se pueden comprender en el momento en que suceden”.

A propósito de *Residuos de espanto*, una de sus anteriores novelas, un redactor anónimo decía en las páginas del suplemento “Laberinto” algo que, a pesar de la deficiente redacción, me parece necesario rescatar, y es que los principales aciertos y retos de las novelas de Liliana Blum son de naturaleza literaria: “Blum se pregunta cómo explicar la maldad humana, qué tanto transforma la violencia a sus víctimas, en qué medida hay que conservar la memoria de la injusticia y cómo es la peculiar condición existencial de los sobrevivientes del horror. Otro acierto, que sólo se comprende en el desenlace, es la afortunada forma secreta de sus libros, especie de árbol negro con ramas que se entrecruzan”. Y tiene razón ese anónimo redactor: en las tres novelas recientes de Liliana Blum la historia se ramifica ante nuestros ojos en direcciones que se entrecruzan, compiten, se enredan y desembocan en finales tan novelescos como inteligentes. Porque goza del talento de Blum para el desarrollo de personajes y el diseño de sus estructuras, *El monstruo pentápodo* es una novela excepcional: una que araña literalmente a sus lectores y merece ser leída en muchos idiomas.

Con recursos muy diferentes, también *Temporada de huracanes* dejará boquiabierto y transformado al lector más radical. Fernanda Melchor, una auténtica escritora interesada por la gran literatura, adoptó por un riesgo monumental: se atrevió a retomar recursos que sólo se habían visto en libros tan ambiciosos como *El otoño del patriarca*, como son contar una historia con las voces de más de dos decenas de personajes, sin desdeñar la tercera persona del plural en algunas secciones, y a contar con estos recursos la lucha por sobrevivir en un Veracruz intemporal. El concierto de voces de *Temporada de huracanes* busca acercarse al lector y no dejarlo impasible a medida que lo hace avanzar. Nadie encontrará aquí personajes o historias predecibles, pues Fernanda Melchor no cortó una rebanada de vida en la dirección usual: se atrevió a tajar en diagonal a personajes descabellados y radicales, a amasar sus historias y a esculpir con ellas una novela hecha con las voces más pertinentes, rabiosas, desesperadas y valientes que uno puede encontrar en el Golfo de México: las que tienen algo inaudito que





Técnica de maquillaje sobre rostro de mujer

contar. Con *Temporada de huracanes* Melchor invocó a un grupo de personajes que por haber nacido en las rancharías veracruzanas deben bracear a diario en las circunstancias más atroces, y con ellos creó una narración admirable en muchos sentidos, misma que ya empieza a traducirse a otros idiomas (italiano y francés, en Bompiani y Grasset). El resultado es una narración que no se realizó con el molde tradicional de la novela, en la medida en que está hecha con un material que lastima las manos. Como las más calculadas esculturas de Joseph Beuys, donde la madera se encuentra sin pulir y los personajes se aprecian a lo largo de un escenario dramático, *Temporada de huracanes* fue hecha para rasguñar al lector con poco frecuentes recursos literarios. Si la novela de Liliana Blum es un árbol de ramas siniestras, la de Fernanda es una enmarañada jungla de voces que permite atisbar la situación descarnada en la que viven las mujeres en la costa mexicana.

Decía y con enorme acierto Eusebio Ruvalcaba, a propósito del primer libro de crónicas de Melchor, que en las admirables crónicas de *Aquí no es Miami* —un libro “devastador, luminoso y emotivo”, donde la autora tomó riesgos considerables para hablar de la vida en Veracruz— la tensión es más que un imperativo, “una línea de fuego que viaja de un extremo a otro” de la trama, y llega un momento en que el lector reconoce que está contra las cuerdas, sorprendido por un material que parece escrito “a hachazos”, empujando al lector a descender también a las pruebas más extremas de la supervivencia humana. A través de todos los rumores posibles, y de un puñado de testimonios imaginarios, la novela cuenta la desgarradora vida de un personaje misterioso: la hija de la bruja Conde, que heredó de su madre el oficio y una casa

en el Golfo de México. Aunque el material es tan rudo, el concierto de voces de Melchor nos lleva, con furia y talento, al asombro y a la sorpresa constante.

Contar de un modo lineal esta extraña historia de amor con recursos dignos de la novela sin ficción o del periodismo de investigación habría representado un desafío considerable. Pero Fernanda Melchor, que ya había publicado un estupendo libro de crónicas, no se contentó con ello, sino que se alejó de todo rasgo periodístico y en cambio se propuso escribir un libro plenamente literario. El resultado es una narración que no repite lo que cuentan los periódicos mexicanos todos los días sobre la violencia, sino que explora aquellas profundidades que sólo los recursos de la literatura vuelven accesibles. Mezclando las voces de los testigos, de los policías que investigaron el caso, del periodista de nota roja local —una de las obsesiones de Fernanda, experta en la fotografía de Enrique Metinides—, y de los amores de la víctima, Melchor consigue “una belleza terrible”. Como la novela de Liliana Blum, *Temporada de huracanes* merece provocar un saludable revuelo entre los lectores contemporáneos.

Invocando a toros enormes, estas dos narradoras crearon formas novelescas capaces de apresar a personajes tan monstruosos y humanos como pocas veces se ve en nuestras letras y los retienen con un laberinto plenamente literario. En el proceso, *Temporada de huracanes* y *El monstruo pentápodo* arrastran al lector a las notables regiones del riesgo. Quien acepte visitar la zona de retos novelescos de Fernanda Melchor o Liliana Blum regresará boquiabierto y asombrado, pero no será el mismo jamás. El riesgo está ahí. **U**

Liliana Blum, *El monstruo pentápodo*, Tusquets, México, 2017, y Fernanda Melchor, *Temporada de huracanes*, RHM, México, 2017.